

UN LUGAR AL SOL

Es duro llegar a tierra extraña. Más aún si uno llega en una precaria balsa, a merced del viento y de las olas. Exhausto y aterido. Material de desecho. Como esas botellas de plástico, esas viejas maderas, o esos vidrios gastados por el batir del oleaje que la marea deposita sobre la playa. Así llegó él, una mañana de un día cualquiera, a la isla. Poco más que nada. Se podría haber llamado Nadie. Como el marino de Ítaca, trae el color del mar en los ojos.

Enseguida, cuando aún tendido sobre la arena húmeda, los vio acercarse, se dio cuenta de que no era como ellos. Ni era esta su tierra. Desnudo, indefenso, temeroso. Así se siente ante esta gente de gesto huraño que nada bueno espera del mar. Todos se arremolinan a su alrededor para decidir por él. Hay que enviarlo de vuelta al lugar de donde vino, opinan unos. Demasiada carga para la conciencia si muere en alta mar, dicen otros. Mejor, acogerlo. Un establo y un rincón con un poco de paja donde dormir, con eso basta. Un lugar donde no moleste.

Pero, un día, se presenta en el pueblo. En todas partes resulta incómodo: no es fuerte para trabajar, tampoco sabe manejar el martillo, ni siquiera su voz encaja en el coro de la iglesia.

Su presencia intranquiliza a la gente, y hasta en sueños es una amenaza. Se extiende pronto el pánico. “Es un extranjero. Debe irse”.

La historia plantea el problema universal de la inmigración. Se titula *La isla*, y está escrita e ilustrada por Armin Greder. El final no puede ser más explícito: los habitantes del lugar construyen una elevada muralla alrededor de la isla, y altas torres desde las que poder vigilar el mar día y noche. Para protegerse del peligro que viene de fuera.

Las ilustraciones muestran al extranjero confuso y aturrido, en una figura apenas esbozada. Parece una efigie de barro que las manos del alfarero dejaron sin terminar. Las formas ondulantes le añaden como un temblor de hoja a punto de desprenderse de la rama. Quebradizo Adán al que acaban de expulsar del Paraíso. Es esencia pura, aislado en el vacío, el gesto asustado, la mirada dolorida. Como uno de esos seres desnudos de Schiele que arrastran consigo su soledad abisal.

Pero el protagonista, especialmente desde el punto de vista plástico, es la masa: el grupo que se enfrenta al recién llegado. Informe, despersonalizada, inhumana. Insegura y amenazada en cuanto ve a alguien diferente. En peligro su territorio, sus bienes y sus creencias. Conducida por el fanático que más alto grita, es ella la que decide y la que actúa.

El artista ha sabido aprovechar todo su potencial plástico. Es una mancha dibujada con trazos rápidos y aparentemente inconclusos, en la que sólo destacan algunos rostros enfurecidos, algunos brazos gesticulantes y los útiles de labor transformados en amenazadoras armas, como tentáculos de un monstruo. Algunos personajes tienen una expresión, hacen un gesto; pero nada los define como individualidades: sólo sirven para dibujar la masa. Sus rostros son casi siempre abstractos; a veces, muestran una horrible mueca. Estos seres de cuerpos rotundos y gesto exagerado nos desvelan la monstruosidad de la multitud vociferante, su crueldad, cuya verdadera fisonomía está dibujada con los trazos de la fuerza y la intolerancia.

En las ilustraciones no existe la anécdota, ni los detalles superfluos. Hasta los colores son austeros. Grises y negros, sepias, ocre, apagados azules; el rojo sucio de la barca incendiada, en un mar tenebroso. Nada distrae la atención del que mira. Si acaso, el mundo paralelo de los niños, quienes reproducen en sus juegos los errores que aprenden de sus mayores. Pero, ¿acaso no es este un dato esencial?

A veces, Greder deforma las figuras para conferirles mayor intensidad. Sus rostros nos recuerdan el sarcasmo cruel de las calaveras y las máscaras extravagantes de Ensor. Las caricaturas mordaces de Daumier. Sus figuras distorsionadas nos traen a la mente los seres absortos y descarnados en la atmósfera densa de los cuadros de Munch. Algunos grabados de Goya.

La historia es concisa y está bien escrita, pero las ilustraciones le añaden autenticidad, emoción, vida: uno siente que escucha el latido de este ser frágil, su miedo; que palpa el fanatismo irracional de la multitud, su violencia.

A quienes vivimos a este lado del Estrecho, la historia nos recuerda de inmediato la tragedia cotidiana de las pateras en nuestras costas. Pero admite otras lecturas y otras evocaciones. Los balseiros, los espaldas mojadas, los sin papeles; todos aquellos, en fin, que se ven obligados a abandonar sus lugares de origen para buscar con grave riesgo para sus vidas un lugar al sol. Enseguida nos viene a la cabeza también el muro de separación que construye Israel en Cisjordania. O los terribles sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, y sus consecuencias. El sentimiento generalizado de vulnerabilidad y de temor. La sospecha permanente hacia lo extranjero, que crece como una epidemia. El apoyo casi incondicional de la población a gobiernos que implantan políticas represivas y recortes de libertades y de derechos esenciales. El muro de miedo que los países están levantando alrededor de su bienestar: la isla amurallada en la historia cotidiana de este libro primorosamente editado por Lóquez, para gozo de nuestros ojos y desazón de nuestras conciencias.

August Macke escribió que “toda forma artística es manifestación de la vida interior del hombre.” Las palabras del expresionista alemán resultan evidentes aquí. Debe de ser muy saludable poder echar fuera lo que a uno le inquieta y preocupa. Y que allí donde no alcanzan nuestras palabras, podamos intentarlo con unos trazos y unos colores. Pero este es privilegio que muy pocos alcanzan. Armin Greder, por ejemplo. Un artista combativo, que denuncia el egoísmo y la crueldad. Que apela a la dignidad humana. Que no se ha dejado ganar por el desánimo. Porque piensa que no estamos ante una realidad fatal e inapelable. Que el mundo puede ser cambiado.

José Luis Polanco